



a esa persona que tengo delante, dedicarle unos segundos, quizás no la vuelva a ver y nuestros caminos se crucen allí y nunca más... Todos los momentos son únicos, digamos que delante nuestro pasa un montón de gente; caras desconocidas, caras de las cuales queremos arrancar un grito en los momentos más duros de la carrera, gente que nos llevará a la próxima ciudad, gente que no conocemos y mientras todo va bien están y cuando todo se tuerce... un buen protector de estómago y a capear el temporal.

Hay también, gente que nos conoce de VERDAD y que está entre bastidores, esperando a que se apaguen los focos para salir a escena. Están también aquellos que poseen la verdad absoluta de lo que hacemos, la pócima mágica... En fin, como el nuestro no deja de ser un mundo, pequeño pero un mundo, se acerca de todo tipo de gente en la misma proporción que en nuestro gran planeta tierra. De todas maneras, en general esa gente que "conoces" vestido de luces, rara vez llega a pasar la línea que separa tu vida profesional de la personal, cosa que sin embargo sucede más a menudo con los compañeros de equipo o profesión.

Una de las cosas que más me gusta de mi trabajo es la posibilidad de conocer sitios y, sobre todo, gente. La verdad es que sitios no llegamos a conocer muchos. Avión, coche al hotel, masaje, cena, paseo alrededor del hotel, cama, desayuno, bici y vuelta a empezar desde el masaje, sería nuestra secuencia de vida, por lo cual tiempo para conocer realmente no tenemos mucho. Sí para hacernos una idea de si queremos volver o no, pero no más. Otra cosa es sin embargo lo de conocer gente. Cuando estamos vestidos "de luces" atraemos la atención de muchos curiosos. Gente que se acerca como quien se acerca a un extraterrestre, ancianos que no consiguen articular palabra o niños que te acercan un papel y un bolígrafo como si se acercaran a un soplete encendido, con una mezcla de alegría y miedo en su rostro. A pesar de que llevo unos años de profesionales, no me deja de sorprender todo esto: Ver a un hombre que podría ser mi padre con la cara encendida de alegría por cruzar dos palabras que no son sino parte de la educación más elemental que se le exige a un niño de 3 años, no deja de sorprenderme y de alegrarme.

Sin duda es para mí la parte más bonita de lo que hago, poder regalar emociones y arrancar sonrisas de la gente... Dicen los dramaturgos que es mucho más fácil hacer llorar que reír, ¿no? En este sentido, no dejo de acordarme que yo también estuve al otro lado de la barrera y que, a pesar de que no sea una gran estrella dentro de mi pequeñez, intento ser amable con todo el que se acerque a mí. Obviamente, soy una persona y no todos los días tengo el mismo humor o las mismas ganas de hablar pero a un mínimo intento llegar siempre. Otra cosa suelo intentar hacer siempre que alguien se acerca a mí es mirar a la cara

¿Os habéis parado a pensar alguna vez como es la verdadera vida de un corredor en un día normal de carrera? Haciendo un símil acorde con nuestros tiempos, diría que es prácticamente un gran hermano, convivencia 24 horas al día con otras 16 personas. Este año he compartido habitación con Marzio Bruseghin un total de unos 100 días y sus respectivas noches... Todo empieza la primera semana de diciembre, primera concentración del equipo en algún lugar de Italia, los últimos dos años en Montecatini Terme, ciudad termal por antonomasia del país trasalpino en medio de la Toscana. Frío, un tenue sol que no llega a calentar todo lo que nos gustaría, caras que desde la última vez que vimos han empaldecido, nervios propios del primer día de clase, ilusión por el nuevo año que está a punto de empezar, caras nuevas, caras que nos alegramos de volver a ver, otras no tanto... Al lado del ascensor la lista de todo el equipo con la foto que atestigua que yo estoy allí. Al lado de mi nombre, un número, busco la repetición del número más arriba para ver con quien compartiré aposentos... Marzio, bien.

Subo al piso correspondiente y busco mi número de puerta, la abro y veo lo que se cuece, Marzio no ha llegado así que puede elegir cama... al lado de la ventana si es posible, no sé porque pero prefiero sentir la calle cerca. Abro mi maleta y me cambio, dejo la ropa de "viajar" (pantalón vaquero, jersey y camisa con el logo del equipo y de algún sponsor más y zapatillas) y me pongo el chándal del equipo que me acompañará hasta el día de vuelta a casa, normalmente a final de año acabas aborreciendo todo ese mono de trabajo y ese chándal, zapatillas y polo suelen pasar a formar parte de la ropa de batalla en casa. Sí, esa que usamos para limpiar el coche o arreglar el jardín.

Me siento agitado y con ganas de ver gente, de hablar, de contar como ha ido el invierno, chascarrillos, noticias... Me tumbo en la cama y decido leer un poco visto que todavía no ha llegado nadie. Por fin llega Marzio, hablamos y nos contamos un montón de cosas, como ha ido todo, que tal en casa, que tal la vendimia del año pasado... un nuevo año ha empezado. Por fortuna, Marzio es un gran amigo y todo eso influye mucho, la convivencia en una gran prueba por etapas no es fácil muchas veces.

Una torre de Babel

Partamos de la base de que el ciclismo es el deporte individual más colectivo y el deporte colectivo más individual. Os pondré un poco en situación: Imaginaos que formáis parte de un equipo donde hay, 4 italianos, 2 eslovenos, 1 ruso, 1 suizo y 1 español. El idioma que se habla es el italiano pero entre uno de los italianos y el suizo hablan alemán, los eslovenos obviamente hablan esloveno, el polaco habla esloveno y el español habla con un italiano en español... El ruso salió de casa con 14 años y no ha vuelto, ha tenido que sobrevivir con la ley del más fuerte, vive actualmente en Italia y su carrera se ha frenado un poco después de ser una gran promesa, acaba contrato y sabe que es un momento crucial de su carrera. Uno de los eslovenos es, joven, viene de un equipo fuerte y tiene "galones", su mujer está embarazada y dentro de pocos días dará a luz. El polaco, se enfrenta por enésima vez al reto de las 3 semanas, todas las anteriores ha "fracasado" y no ha rendido como se esperaba en su terreno, su novia le ha dejado una semana atrás. Uno de los italianos es un veterano de guerra, el alma del equipo, el espíritu, pero su edad empieza a pasar factura y su voz se empieza a apagar. El español sale de una lesión y su rendimiento puede ser una incógnita en la última semana. El segundo italiano es el líder del equipo, sólido, fuerte, joven, el eje del equipo... un poco frío en las relaciones humanas. Los últimos dos italianos son gente de equipo, de experiencia, con el oficio bien aprendido y en buen estado de forma. A todos ellos hay que sumar un director de gran experiencia, con todo lo que ello conlleva, decisiones firmes y racionales pero algún que otro "calentón" porque las cosas se hacen como él dice sin prestar atención a la lógica.

Después, cinco masajistas: El masajista personal del líder, muy buena gente pero con un poco de demasiada tranquilidad dado su condición de "capo", un masajista joven que da masaje a un italiano y al español, todo voluntad, buenas manos y pasión por lo que hace. Otro masajista de los dos eslovenos, callado, trabajador y con las cosas claras, trabajo es trabajo y amistades son amistades, no mezcla churras con merinas. Los otros dos masajistas son un poco menos buenos dando masaje pero muy eficaces haciendo el resto de labores. Uno se dedica a poner lavadoras y secadora para los 20-22 que estamos y el otro a hacer "mesa", que todo esté en su sitio a la hora de desayu-

nar, merendar y cenar. El señor de la lavadora ronda los 60, fue corredor y además bueno. Ganó etapas en Giro y Tour además de una Vuelta a Suiza pero como él dice, llegó 25 años antes de tiempo. Siempre dispuesto y con una sonrisa en la boca, ¿que sería esto sin él? Le acaba de tocar la lotería literalmente y como el dice trabaja por pasión. El último masajista joven, quizás un poco subido pero con ganas de aprender. Codo con codo con los masajistas, trabajan los mecánicos. Son otros cinco. Su trabajo empieza después de la etapa y no acaba hasta que sale la carrera del día siguiente. Los trabajos están divididos y el más joven ó de menos experiencia lava las bicis, otros dos engrasan y echan un vistazo general y los dos "capos" hacen el trabajo de precisión. Entre ellos se llevan bien pero hay una innegable lucha de poder entre los dos "capos".

Finalmente está el segundo director, normalmente es el que está más cerca del corredor. Suele pasar un rato en cada habitación después de la etapa y hace un poco de amigo/psicólogo. Un tipo afable, positivo y muy objetivo... El jefe de prensa está pero no está, lo ves de vez en cuando o cuando algún periodista solicita una entrevista contigo. Es como los espías, que sabes que están pero no los ves...

Bueno, esto sería un símil de gente que he ido conociendo a lo largo de los años y que yo he juntado en un mismo equipo. Todo lo que os he contado es verídico y esa gente existe. He tenido que convivir con ellos y ellos conmigo. Para mí la cosa más importante en un equipo es precisamente que lo sea, que sea un equipo en toda la amplitud de la palabra. Hacer confluir y convivir a 22 personas tan distintas un mes es muy difícil. Cada uno tenemos nuestra cultura, nuestros hábitos, nuestro idioma, nuestra propia realidad y la convivencia no es fácil.

Hablar cuando tengas algo que decir

Os puedo asegurar que convivir un mes con una persona del Este cuando menos te hace pensar mucho, porque hablar, lo que se dice hablar, no se habla mucho. Normalmente es gente callada, seria, trabajadora, profesional, gente acostumbrada a la soledad y a vivir con los lazos afectivos más elementales. Al principio pensaba que les pasaba algo conmigo, que yo era el problema. Y es que en nuestra cultura es muy raro meter a dos personas en la misma habitación y que no crucen prácticamente palabra en dos horas. Pero en otros lugares del mundo es lo más normal y como ellos dicen: "vosotros habláis mucho pero decís poco"... "Hay que hablar cuando tengas algo que decir no sólo para hacer ruido" fue la respuesta que me dio el checo Jan Svorada un día que le pregunté si le pasaba algo conmigo para no hablar. El día que gané en la Paris-Niza, uno de los primeros mensajes que me llegaron fue un "Felicidades. Jan" a pesar de que hace 3 años que no sé nada de él. Curiosamente, hubo mucha gente de mi

mismo equipo con la que hablo mucho más de lo que nunca hablé con Jan que no llegó a felicitarme... Para nada les guardo rencor pero sí que me ha hecho reflexionar sobre la "calidad" de las conversaciones y las relaciones.

Para ir terminando, os diré que he conocido mucha gente de nuestro ambiente, gente que en general comparte su pasión por nuestro deporte y es precisamente lo que nos une a todos. La primera vez que escribí para Pedalier lo hice dando las gracias sobre todo a la bici por darme todo lo que me ha dado... Nunca me cansaré ya que hoy recuerdo una vez más que es ella la que me ha hecho saber cosas como que en Orel, una ciudad del centro de Rusia, donde hace 28 años nació un niño de una familia humilde de apellido Menchov, de nombre Denis, y está la fábrica de Coca Cola más grande de toda la antigua URSS. O me hizo vivir de primera mano la fuerza que da una madre que ya no está a un hijo para ganar una etapa en el Tour. Me enseñó también que un empujón de requesón puede ayudar a recuperar un hígado maltrecho después de una etapa de montaña como hacía la abuela de Gilberto Simoni... Y tantísimas cosas.



En fin, a pesar de que a veces las relaciones (como en todo trabajo por otra parte) no son sencillas, para mí son la cosa más importante y más enriquecedora, porque llegará un día en que esto acabe, se apaguen las luces, se acabe la función y en el cual tendremos que pasar al patio de butacas. Espero que entonces me pueda dar la vuelta y saber que tengo un huequito en el corazón de algunas de esas personas con las que he compartido los momentos más intensos de mi vida... de momento.

Fotos: APV, C. Roig, A. Epelde.

